

Pero sí me enardezco al recordar aquella memorable tarde del 12 de Mayo de 1856, en que fué violentamente arrebatado por fuerza armada á su palacio de Puebla y conducido á Veracruz. Sí lo envidio, al ver que lo embarcan primero en un mal vapor, que se hace pedazos aun antes de salir del puerto, y luego en un lento velero, que tarda quince días para hacer una travesía que en tres habría podido verificarse. Mártir y desterrado lo conocí, y como á mártir aprendí á venerarlo. Tales son las primeras impresiones que recibí del Illmo. Sr. D. Pelagio Antonio de Labastida, y que no se han borrado en tantos años.

III

Aquí empiezan, Señores, mis reminiscencias personales; y al hablar del lamentado Arzobispo, quizás sea preciso mencionar también mi propio nombre. No hay, empero, peligro de que me suceda lo que temía San Gregorio al elogiar á su íntimo amigo San Basilio, y que al pregonar sus alabanzas publique igualmente las mías. Mi amistad con él fué puramente filial, aun después que el carácter episcopal nos

había en cierto modo igualado, constituyéndonos hermanos. Era grande la diferencia de edad; y en los tiempos á que me refiero, mayor todavía la distancia jerárquica y social que nos separaba. Durante este período, que podemos llamar de su vida diplomática, era yo un mero estudiante, encerrado en mi colegio, y que apenas podía algunas veces acercarme al ilustre desterrado, ya sea para consolarlo en sus penas, ya sea para formar parte de su séquito en alguna solemnidad. Pero jamás me confió sus planes políticos, ni me reveló sus secretos, ni me comunicó sus proyectos. Supe algo, y algo ví; enjuagué algunas lágrimas, y dividí con él algunos goces; pero ni puedo reclamar la menor participación en los grandes méritos que adquirió delante de Dios y de los hombres, ni me alcanzan los vituperios que los que no conocieron su corazón de oro le han dirigido.

Jamás olvidaré la mañana, para mí tan fausta, del 25 de Agosto de 1856. No hacía mucho que había completado mi tercer lustro y me hallaba en Inglaterra, entregado á los estudios clásicos que ya entonces formaban mi delicia, sin tener más que noticias confusas de las convulsiones que agitaban á mi lejana patria. De repente el anuncio de inesperada visita me hace cerrar de golpe mi *Homero* y me encuentro

frente á frente con el desterrado Obispo de Puebla. ¡Oh! Dejadme, aunque en este sagrado recinto, hacer una reminiscencia profana, y decir con el vate latino: *Ut vidi, ut perii*. Ver el juvenil rostro del Prelado, oír su voz amigable, sentir la presión de sus brazos en torno á mi cuello, y quedar encadenado á él con vínculos de indisoluble amistad y eterna admiración, fué todo obra de un instante. ¡Cuánta fué mi dicha al poderlo acoger en mi humilde celda estudiantil! ¡Cuánto me halagó el que encomendara á mi cuidado á ese sobrino, su predilecto, que ha sido el báculo de su vejez, y cuya facundia en el púlpito é infatigable actividad en mil empresas todos admiráis! ¡Cuán orgulloso me ponía la correspondencia que con este motivo se entabló entre el egregio Prelado y el joven colegial!

Un año más tarde era yo su huésped en Roma, y puedo dar testimonio de la alta estima en que el inolvidable Pontífice Pío IX tenía al Obispo Mexicano. Entre mil señales de benevolencia, acababa de nombrarlo su Prelado Dómestico y Asistente al Sacro Solio Pontificio, dignidad altamente honorífica que entre otras muchas prerrogativas confiere al agraciado distinguida nobleza, cual si hubiera nacido de familia de Condes. Con ella acostumbran los

Pontífices condecorar á los Prelados más caros á su corazón ó cuya conducta quieren aprobar á los ojos del mundo. Esta fué la recompensa de su valeroso comportamiento en Puebla; y en vez de la *penitencia saludable* que pedía el Prelado á la Santa Sede en caso que hubiera obrado mal, recibió el galardón debido al Obispo que no se ha doblegado ante las potestades terrenas, y ha cumplido con sus sacrosantos juramentos.

Entretanto, los asuntos parecían tomar otro giro en la República Mexicana, y después de la carta llena de sumisión que recibió del nuevo Presidente, el Sumo Pontífice ordenó al Obispo de Puebla que regresara sin tardanza á su diócesi. Así lo hizo el obediente Prelado, quien aun desde Roma la había gobernado, velando por sus ovejas como amante Pastor. Pero ¡ay! encontró cerradas las puertas de la patria. Las costas estaban aún en poder del partido que lo había desterrado, y forzoso le fué permanecer primero en Cuba y después en los Estados Unidos, hasta que en la segunda mitad de 1859 volvió á fijar su residencia en la Ciudad Eterna. Pero ya no se acogió como proscrito á la sombra del Vaticano. Se le había nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de la Santa Sede, y con tal carácter se pre-

sentaba ahora al Pontífice Rey. En vano aguardó las instrucciones que cada día se le ofrecían de parte del Gobierno Mexicano: éste fué derrocado no mucho después y el Embajador quedó de nuevo convertido en desterrado.

Entretanto, las circunstancias lo habían colocado en un círculo de diplomáticos, estadistas y repúblicos, que lo transformaron en político. La misma Santa Sede determinó aprovecharse de sus talentos, y enviarlo á las Indias Orientales á dirimir las diferencias entre los católicos de las posesiones portuguesas y los del Imperio Británico en el Indostán. ¿Habría podido nuestro ilustre compatriota llevar á cabo lo que no han podido todavía terminar los hábiles Delegados que el Sumo Pontífice ha enviado á aquellas apartadas regiones? No quiero, Señores, aventurar un juicio; pero el caso es que en vez de enderezar su rumbo hacia el Oriente, salió de Roma con dirección á la patria, aunque no llegó á abandonar el Viejo Continente. Era el año de 1862, y las tropas francesas enviadas por Na-

poleón III á establecer la monarquía en México, ocupaban ya parte de su territorio.

¿Qué había sucedido en ese intervalo? ¡Ah,

Señores! Vosotros mejor que yo lo sabéis. La revolución se había entronizado en México, y atacando no ya tan sólo los bienes de la Iglesia, sino

á la Iglesia misma, había trastornado cuanto antes existía. Yo no ví los estragos que vosotros presenciasteis. Sólo me tocó recibir uno á uno á los Obispos desterrados, y antes que á nadie al mío propio, al Illmo. Sr. Munguía. Aún me parece estar á orillas del Mediterráneo el hermoso día 17 de Abril de 1861, con la vista clavada en el horizonte, esperando con ansia el barco que nos había de traer á esa nueva víctima de las pasiones antireligiosas. ¡Oh! ¡qué gozo al mirarlo aparecer en lontananza! ¡Qué estremecimiento al oír el estallido del cañón, que anunciaba su entrada en el puerto! Aún se me figura ver saltar conmigo al Obispo de Puebla en la barquilla que á todo remo nos conduce al recién llegado bajel. ¡Cuál nos abalanzamos á la escala, y en un momento quedamos confundidos en estrecho abrazo, los dos próceres eclesiásticos, y el humilde estudiante, admirador y apasionado de entrambos!

Desde este instante no volvieron ya á separarse hasta la muerte, salvo breves temporadas,

estos dos amigos de infancia y de colegio, compañeros de armas en las luchas espirituales y ahora partícipes del mismo infortunio. ¡Benefi-

cio especial de la Providencia! Eran, como antes he indicado apropiándome las palabras de San Gregorio, *una sola alma en dos cuerpos*; y cuando

estaba ausente el Sr. Munguía, faltaba su complemento á la del Sr. Labastida. De superior talento práctico, con mayor conocimiento del mundo, de mucha más audacia é intrepidez, carecía no obstante el Obispo de Puebla de ese ingenio penetrante y agudo, de esa viveza de águila, y de esa prontitud para expresar con palabras precisas y contundentes los pensamientos más atrevidos, que poseía en alto grado el de Michoacán. He aquí por qué más tarde, cuando se quiso matar moralmente al que ya era Arzobispo de México, se le separó desde luego de su íntimo amigo. Solos, eran cada cual una potencia; juntos, equivalían á invencible legión.

El cataclismo verificado en la República Mexicana afligía profundamente al Illmo. Sr. Labastida, no sólo como Obispo, sino como patriota. En los viajes que en su destierro había tenido que emprender había podido observar el inmenso poder del país vecino que, sea como amigo, sea como enemigo, no ha ocultado nunca sus intenciones de identificarnos con él, y de unir sus intereses á los nuestros. Había visto en Europa naciones poderosas, unas más fuertes que las otras, pero manteniéndose todas en perfecto equilibrio, merced á gobiernos estables, al auxilio que las más guerreras daban á las más débiles, y á las alianzas que no sólo los intereses de

los pueblos, sino los lazos de familia entre los gobernantes, obligaban á contraer, en pro del bien común y de la paz general. Llegó á soñar, como los grandes políticos con quienes había entrado en íntimas relaciones; llegó á soñar para la América del Norte y del Sur un equilibrio semejante al de Europa, que asegurara á México la paz, la prosperidad, el poder por mar y por tierra, la hegemonía en el Nuevo Mundo, y un lugar distinguido entre las naciones todas del Orbe. Para convertir el sueño en realidad sería preciso hacer mil sacrificios, é inmolar en aras de la patria el amor propio nacional. Pero estos sacrificios debían ser pasajeros, y los compensarían ampliamente las ventajas definitivas y el engrandecimiento de México. Pareció la empresa fácil y de rápida ejecución, y el Obispo de Puebla creyó conveniente acercarse al teatro de los sucesos. Su alta posición en la Iglesia, su prestigio entre el clero, su preclaro talento diplomático, y más que todo la aureola de las luchas y la persecución, la más bella que pueda circundar la frente de un Prelado, lo habían constituido jefe del partido monárquico, que en aquel momento se creía identificado con el partido católico. He aquí por qué, renunciando á la alta misión que la Corte de Roma iba á confiarle en Oriente, se encaminó presuroso hacia Occidente.

Pero estaba escrito que todos los planes para la prosperidad de México, concebidos por el activo Prelado, habían de fracasar desde el principio. Ninguno había osado lo que él; nadie se atreverá á igualarlo en lo futuro; pero la indignación de Dios contra su pueblo aún no se apagaba, y de nada habían de servir su talento y heróicos esfuerzos. *Similis illi non fuit ante eum rex; neque post eum surrexit similis illi. Verumtamen, non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni.* Viendo que aún no se le abren las puertas de la patria, torna el Illmo. Sr. Labastida á la Eterna Ciudad.

Providencial fué su regreso. No sólo su hermano de Michoacán, sino los Prelados de Guadalajara, Linares, San Luis Potosí y Oaxaca se hallaban reunidos en Roma y juntos pudieron llevar á cabo en pro de la Iglesia Mexicana, proyectos mucho tiempo había concebidos, pero que las convulsiones políticas, ó la unión del Estado con la Iglesia, útil casi siempre, una que otra vez estorbosa, habían impedido realizar. Acababa de separar el presidente Juárez ambas potestades; y aprovechándose de la libertad en que se les dejaba, propusieron á la Santa Sede la erección de las diócesis de Veracruz, Chilapa, Querétaro, León, Zacatecas, Zamora y Tamaulipas, y la elevación á Metrópolis de Guadalajara

y Michoacán, y presentaron igualmente á los dignatarios que debían ocuparlas. El iniciador de éstas y otras importantes empresas era el Illmo. Sr. Labastida, cuyas penas endulzaba la Providencia, acumulando sobre él no pensados honores.

Así es que, con motivo de la canonización de los Mártires del Japón fué agraciado, como todos los Obispos presentes en Roma, con el título de Patricio Romano, é inscrito en el Libro de Oro que guarda en el Capitolio los fastos de la nobleza. Pocos meses después, al hacer su peregrinación á Jerusalén, se le calzaron las espuelas de Godofredo Bullón, se le hizo empuñar la espada del Gran Cruzado, y quedó armado Caballero del Santo Sepulcro. Por último, el 19 de Marzo de 1863 fué promovido al Arzobispado de México, vacante por la reciente muerte en el destierro, del inflexible D. Lázaro de la Garza. Su posición como jefe del partido monárquico, los altos puestos que le esperaban en el Imperio que acababa de proclamarse, su glorioso pasado y sus altísimas dotes, le señalaron al Padre Santo como el sucesor sin rival del Metropolitano que había fallecido; y desdeñando otras propuestas, pero con el aplauso unánime de cuantos lo conocíamos, entregó Pío IX al Illmo. Sr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, el palio que tanto merecía.

¡Con qué ilusiones emprendió en Agosto su viaje de regreso, al lado de su inseparable Munguía, adornado también él con el palio arzobispal! Encantados habían quedado uno y otro con las promesas del Archiduque Maximiliano. Lleno de esperanzas salió el Arzobispo de México de la última entrevista con Napoleón III, pocos días antes de hacerse á la vela. Se figuraba que llegar, ver y vencer las dificultades que ya habían surgido en México, sobre negocios eclesiásticos, en el seno mismo del gobierno que había sucedido al de Juárez, sería obra de un momento; que pronto regresaría triunfante, para conducir al Archiduque al trono que acababa de construirsele; que sería el brazo derecho del nuevo Emperador, y que bajo el cetro de éste refloreería la religión, reinaría la paz, se vencerían los enemigos más que con las armas con la dulzura; y presto vendrían á acogerse á la gloriosa bandera del nuevo Imperio, Guatemala de cierto, tal vez Cuba también y Puerto Rico.

¡Ah! ¡Pobre Prelado! Si en tus viajes al Imperio Austriaco no te hubieras limitado á pisar los palacios, y á tratar con unos cuantos diplomáticos; si hubieras podido mezclarte con el pueblo, penetrar en las escuelas, inspeccionar los registros parroquiales, tratar íntimamente con el clero de todas categorías, habrías visto que el Jose-

fismo aún dominante en aquella monarquía, no podía menos que haber inficionado al Príncipe en cuyas manos te habías puesto, y que éste había de querer dar al Estado una ingerencia en los negocios de la Iglesia, que no era lícito admitir y á que jamás se nos había acostumbrado. ¡Ah! ¡Pobre Prelado! ¿Por qué fiaste tanto en las palabras del Soberano que tantas amarguras había causado al mismo Pío IX? ¡Ay del Obispo que fía en la amistad de los poderosos de la tierra! Á él, más que á ninguno, pueden aplicarse las palabras del Profeta Jeremías: *Maledictus homo qui confidit in homine.*

IV

Catorce eclesiásticos han ejercido en lo que es hoy República de México mando supremo: nueve como virreyes y uno como gobernador de Nueva España; cuatro como regentes del primero y segundo Imperio. Uno fué humilde cura de Huamantla: uno Obispo de Tulancingo; uno de Yucatán, y uno de Michoacán, quien la segunda vez que fué virrey, recibió al mismo tiempo que el mando civil y militar, el palio arzobispal de la Metrópoli. Tres fueron Obispos de

Puebla, y siete Arzobispos de México. De los que gobernaron á nombre del rey de España, fué tan effímero el poder, que García Guerra, Palafox, Torres, Osorio, Ortega Montañés (la vez primera), Haro y Peralta, y Lizana y Beaumont, no llegaron á empuñar ni doce meses el bastón de mando; mientras que Moya de Contreras y Ortega Montañés (la vez segunda), lo tuvieron un año solo. Únicamente Enriquez de Rivera y Vizarrón imperaron un período largo, durando el virreinato del primero siete, y el del segundo seis años. En cuanto á la regencia del Obispo Pérez, del Cura Valentín y del Obispo Ormaechea, fué corta en extremo: más todavía lo fué la de nuestro lamentado Arzobispo Labastida, quien solo ejerció el poder treinta días.

¡Cuán fecundo en acontecimientos fué este período! Equivale, en verdad, á un siglo entero. En él se jugó, con éxito infeliz, la suerte de la recién nacida monarquía. En él se perdieron para la Religión los frutos de tantas luchas y tantos sacrificios. En él quedó separado el partido católico del monárquico; y nació el nuevo partido imperialista, destinado á tener triste y prematura muerte, y á arrastrar mezquina existencia, desconocido á la par por los radicales y los conservadores, á los cuales pretendía unir en bastardo consorcio. En él, por último, se

levantó muy alto el Arzobispo Regente á los ojos de los católicos que lo aclamaban como á su jefe; y con su conducta digna y patriótica recobró ante los liberales su estimación y renombre.

Demasiado recientes están los acontecimientos para que necesite entrar en inútiles pormenores. Bien recordáis que en vez de la paz y los triunfos con que soñaba, el Prelado Regente halló sólo guerra entre sus colegas, hostilidad de parte del caudillo que comandaba el ejército que se llamaba *aliado*, abandono de parte de sus amigos y colaboradores, tempestades por todos lados. Parece que sólo se esperaba su llegada al poder, para exigirle lo mismo que en Puebla se había rehusado á sancionar: el despojo de la Iglesia y la renuncia de los derechos que á ésta confiriera el mismo Jesucristo. Era ya no sólo Obispo de una Diócesi como otras muchas, sino Arzobispo de la principal Metrópoli y jefe civil de todo el país; sus actos, por consiguiente, debían comprometer á la Iglesia entera de México. Le pedían estos sacrificios, no sus enemigos jurados como en otro tiempo, sino sus colegas en el gobierno; y pretendía exigirlo á nombre del Emperador de los franceses el Comandante del ejército que se creía aliado y defensor de la Religión.